

EDITORIAL

Juan Javier Saavedra Mayorga
Editor

““Un país puede existir sin universidad y ser, entonces, en el conjunto de las naciones, como un pueblo chico [...], nutriéndose del desborde cultural de otras naciones que le entregan su visión del mundo. Tal vez en esa forma un pueblo pueda ser feliz, modesto pero valiente, simple pero honrado, gozando de la generosa visita de algunos sabios que quieren la vida sencilla y remota. La universidad es prescindible, la nación no se desintegra, solo se subordina a un curso cultural que tiene su centro fuera de ella; es decir, se vuelve provincia””. Estas palabras del profesor Humberto Maturana, biólogo chileno cuya obra ha abierto los caminos para una nueva comprensión del fenómeno de la vida y del conocimiento, dan una clara idea de la importancia que tiene la Universidad en una sociedad como la nuestra.

Esta institución, cuya función esencial, como dice Anthanas Mockus, es ser fiel a sí misma y a su proyecto, siendo una matriz de conservación de la tradición y del saber, pero a la vez de progreso, de/constructora de conocimiento y formadora de ciudadanos, goza de una peculiar condición: es tal vez la única institución que tiene la tarea de pensarse a sí misma y a la sociedad en la que opera. Sería tal vez exagerado afirmar, como lo hace el profesor Guillermo Páramo, que la universidad es el lugar donde se

encuentran los sabios. De lo que no hay duda sin embargo es que, si cuando nacieron las universidades los sabios se daban silvestres, alejados del tráfico de las ciudades en el confortable retiro del anacoreta; en la actualidad no puede concebirse la sabiduría, ni aún su sucedáneo, el trabajo académico, al margen del barullo de las opiniones, las hipótesis, los modelos, las teorías, todas las cuales son creadas y puestas a circular, no por individuos arrobados en la contemplación del cielo y sus misterios, sino por personas que viven en comunidad y ven en la discusión racional la forma más eficaz y atractiva de comprender y transformar el mundo. Para eso justamente es que existe la universidad: para crear las condiciones que hagan posible ese diálogo.

En esta perspectiva, la autonomía deja de ser un elemento accesorio y pasa a convertirse en condición fundamental para que la Universidad cumpla su papel. Y no nos referimos únicamente a la autonomía jurídica con respecto a una dependencia, pública o privada, elemento importante pero no definitivo en lo que concierne al cumplimiento de la función universitaria. La verdadera autonomía no se recibe sino que se gana: es la capacidad de los individuos y de las comunidades (en este caso académicas) para hacer,

ajeno a la profesión de fe religiosa o a la adhesión incondicional a una ideología: en su apertura a multiplicidad de discursos, en su respeto por la diversidad, en su voluntad inalienable de no dejarse comprometer por nada que no sea ella misma y su proyecto reflexivo y crítico, se encuentra su esencia.

Hay una frase de Friedrich Nietzsche en el *Zarathustra* que ilustra muy bien lo anterior: “Valerosos, despreocupados, irónicos y violentos, así nos quiere la sabiduría. Es mujer, y ama siempre sólo al guerrero” (*Del leer y escribir*). No nos desoriente la aparente beligerancia de sus palabras. Esta cita, al igual que toda la obra de Nietzsche, es un conmovedor llamado a ejercer plenamente, a través de la consciencia de la realidad, de la reflexión y por lo tanto del inconformismo y la crítica, nuestra condición de seres humanos. El espíritu es un camello que trabaja, que obedece y se aplica, pero también un león que se opone, que confronta, que arremete contra los prejuicios y las órdenes que le impiden su crecimiento (*De las tres transformaciones*). Sólo cuando ha pasado por estos dos estados el espíritu se encuentra de nuevo en la infancia, dotado de la capacidad de crear, de actuar de manera consciente, de ser consecuente, que es lo mínimo que se le puede pedir a cualquier ciudadano que sea digno de tal nombre.

En la universidad evidentemente se cumple, aún más que en cualquier otra organización, el principio

implica sacrificar por ello la creatividad, la innovación y la oportunidad de cambio que aporta el desorden, lo que lleva a atentar contra la supervivencia en el tiempo del proyecto universitario y a minar su capacidad para aportar creativamente a la sociedad.

Pero de la misma forma que los intentos de homogenización, estandarización y fidelidad a otras causas, aunque vengan de los mismos actores internos, falsean la función de la Universidad y le restan capacidad de interlocución frente a otras instituciones sociales; en el mismo sentido actúa la baja calidad en sus productos. A este respecto no podemos llamarnos a engaños. En nuestro país la calidad de la educación superior dista mucho de tener el nivel que sería deseable. Se suele aducir como principal causa de ello la falta de recursos para financiar actividades formativas y de investigación; sin embargo, aún más importante que este síntoma, y ubicado como causa del mismo, se encuentra el extendido supuesto de que la educación superior no es relevante para el desarrollo del país y de ahí que no se le preste la atención adecuada. Y ello no solo por parte de los entes reguladores, sino incluso por parte de muchos de los actores más directamente concernidos: las instituciones de educación superior y las comunidades académicas. Se supone erróneamente que la Universidad puede subsistir únicamente formando profesionales, empleados calificados y capacitados al uso y las necesidades del sector

según la famosa divisa kantiana, un uso público de su razón, sin ataduras ni fidelidades a corporaciones o intereses gremiales, sin la obligación de “representar una institucionalidad” o “preservar un orden” preestablecido e impuesto desde fuera de la universidad misma. De ahí que el ejercicio académico se encuentre por naturaleza ajeno a la profesión de fe religiosa o a la adhesión incondicional a una ideología: en su apertura a multiplicidad de discursos, en su respeto por la diversidad, en su voluntad inalienable de no dejarse comprometer por nada que no sea ella misma y su proyecto reflexivo y crítico, se encuentra su esencia.

Hay una frase Friedrich Nietzsche en el *Zarathustra* que ilustra muy bien lo anterior: “Valerosos, despreocupados, irónicos y violentos, así nos quiere la sabiduría. Es mujer, y ama siempre sólo al guerrero” (*Del leer y escribir*). No nos desoriente la aparente beligerancia de sus palabras. Esta cita, al igual que toda la obra de Nietzsche, es un conmovedor llamado a ejercer plenamente, a través de la consciencia de la realidad, de la reflexión y por lo tanto del inconformismo y la crítica, nuestra condición de seres humanos. El espíritu es un camello que trabaja, que obedece y se aplica, pero también un león que se opone, que confronta, que arremete contra los prejuicios y las órdenes que le impiden su crecimiento (*De las tres transformaciones*). Sólo cuando ha pasado por estos dos estados el espíritu se encuentra de nuevo en la

infancia, dotado de la capacidad de crear, de actuar de manera consciente, de ser consecuente, que es lo mínimo que se le puede pedir a cualquier ciudadano que sea digno de tal nombre.

En la universidad evidentemente se cumple, aún más que en cualquier otra organización, el principio complejo según el cual no puede concebirse el orden sin el desorden. Uno y otro se necesitan mutuamente, y en ese sentido pretender preservar el primero a toda costa, subordinando los saberes, discursos y dinámicas de la academia a principios y criterios que se encuentran por fuera de ella, a valores eternos y universales, implica sacrificar por ello la creatividad, la innovación y la oportunidad de cambio que aporta el desorden, lo que lleva a atentar contra la supervivencia en el tiempo del proyecto universitario y a minar su capacidad para aportar creativamente a la sociedad.

Pero de la misma forma que los intentos de homogenización, estandarización y fidelidad a otras causas, aunque vengan de los mismos actores internos, falsean la función de la Universidad y le restan capacidad de interlocución frente a otras instituciones sociales; en el mismo sentido actúa la baja calidad en sus productos. A este respecto no podemos llamarnos a engaños. En nuestro país la calidad de la educación superior dista mucho de tener el nivel que sería deseable. Se suele aducir como principal causa de ello la falta de recursos para financiar actividades

formativas y de investigación; sin embargo, aún más importante que este síntoma, y ubicado como causa del mismo, se encuentra el extendido supuesto de que la educación superior no es relevante para el desarrollo del país y de ahí que no se le preste la atención adecuada. Y ello no solo por parte de los entes reguladores, sino incluso por parte de muchos de los actores más directamente concernidos: las instituciones de educación superior y las comunidades académicas. Se supone erróneamente que la Universidad puede subsistir únicamente formando profesionales, empleados calificados y capacitados al uso y las necesidades del sector empresarial. Camellos eficientes, para utilizar la terminología de Nietzsche ¿Y dónde se forman los leones que disienten, los 'niños' que proponen soluciones nuevas? Ello solo es posible a través de la formación en la investigación, entendida como la actividad sostenida de creación y recreación (que no sólo transmisión) de conocimientos, para utilizar las palabras de Edgar Morin, gran pensador y sintetizador del pensamiento complejo.

Por esta razón, la Facultad de Ciencias Económicas se encuentra comprometida en un esfuerzo de largo aliento para certificar la calidad y pertinencia de su actividad académica, en varios frentes pero principalmente en la investigación. La revista que usted, desocupado lector, tiene en sus manos, es una prueba de ello. Su objetivo en el corto plazo es difundir la investigación que se está haciendo en la facultad. Son

variados los temas y los grupos de trabajo en cada uno de ellos, así como las aproximaciones teóricas y metodológicas desde las cuales se formulan los proyectos. En el mediano plazo, el objetivo es convertir a la *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión*, en un referente obligado para conocer el estado actual y las proyecciones de la investigación nacional e internacional en Economía, Administración de Empresas y Contaduría Pública, así como de otras disciplinas afines.

Este número de la revista presenta cambios sustanciales frente a números anteriores, los cuales se deben al compromiso en la construcción de una perspectiva estratégica para la divulgación científica y las publicaciones en la Facultad y al consecuente objetivo de lograr la indexación por Colciencias. Entre los más importantes cambios se encuentran: a) la consolidación del comité editorial y creación del comité científico de la revista, con nutrida presencia de académicos nacionales e internacionales; b) el refinamiento del proceso de evaluación de los artículos, lo cual incluye la calificación del banco de pares, la adecuación y homogenización de los criterios de evaluación y la interlocución permanente para el mejoramiento de la calidad de los artículos; c) la aplicación para la inclusión de la revista en bases de datos nacionales e internacionales, y con ello mejorar la visibilidad y el impacto de nuestros trabajos investigativos en el medio

académico; d) el estrechamiento de los lazos académicos de la facultad con otras instituciones de educación superior, a través de la consolidación de redes de investigadores y de la vinculación, ya sea como articulistas o como pares evaluadores, de investigadores externos a la universidad; y e) el cambio en el formato de presentación de la revista, adecuándolo a los estándares internacionales en el diseño de publicaciones científicas y haciéndolo más atractivo para el lector, en el reconocimiento de que la lectura debe ser un placer intelectual pero también un placer estético.

Ésta es la continuación un largo camino para consolidar a la Universidad Militar Nueva Granada, y en particular a la Facultad de Ciencias Económicas, en el medio académico colombiano e internacional, para convertirla en un espacio de reflexión sobre la problemática y oportunidades de las organizaciones y la economía colombianas, y para crear una red de investigadores capaces de aportar soluciones creativas a dichos problemas y pensar un modelo de desarrollo pertinente a nuestras condiciones. Ojalá muy pronto, y siendo consecuentes con el origen etimológico de la palabra, podamos decir sin sonrojarnos que en nuestra universidad cabe el universo.